



Paso de "El Encuentro", propiedad de la Ilustre y Venerable Congregación de Jesús Nazareno.

VIR DOLORUM

El dolor siguió al primer pecado como un justo castigo de la transgresión de la ley divina y como un medio de reparación del grave daño inferido por la culpa al pecador. El pecado es desorden y el desorden es origen del dolor, pero éste se convierte en medicina del pecado, cuando se soporta con resignación. Providencia amorosa de Dios fué que el hombre pecador encontrase en lo que era consecuencia natural e inevitable de la culpa el remedio de su mal.

Por esto, Nuestro Divino Redentor no vino al mundo a suprimir el dolor, sino a divinizarlo, sometiéndose Él, que era inocente de toda culpa, al castigo de la culpa, y haciendo del dolor el medio de reconciliación entre Dios ofendido y el hombre culpable.

Nuestro Señor Jesucristo realizó una obra que es propia sólo de Dios: convirtió las humillaciones en triunfos y la cruz en trono de gloria; muriendo, triunfó de la muerte, y desde un patíbulo afrentoso, comenzó a reinar sobre los hombres. El título de *varón de dolores*, que le dió Isaías, es título de su divino poder, porque sólo el que es omnipotente por naturaleza, puede convertir los oprobios y los escarnios de los hombres en aureola de gloria y en instrumento de dominio sobre todo el género humano.

Los cristianos no podemos participar de los triunfos de Cristo, sino participando de sus dolores. Por eso la vida cristiana es abnegación, es sacrificio, es resignación y rendimiento a la voluntad de Dios; y es preciso que no olvidemos esta verdad, en tiempos en que la sociedad parece retornar a la molición que imperaba entre los hombres antes de que Jesucristo nos hubiese predicado desde la Cruz el valor inapreciable del dolor sufrido con resignación y la necesidad de aceptarlo como medio único de participar de la vida gloriosa, que está prometida al luchador valeroso, que no retrocede en el cumplimiento de su deber ante ningún sacrificio, por grande que éste fuere.

† EL OBISPO DE SALAMANCA.

La Sagrada Pasión

en el *Romancero espiritual* del Mtro. Josef de Valdivielso.

CONFIESE que mi intención primera fué muy otra de la que por fin me ha cautivado la atención y el tiempo.

Porque entreteniéndome mis solaces literarios con el examen de un nuevo *Ternario espiritual* de Joan de Timoneda, recientemente descubierto, al tropezar allí, entre otros personajes bíblicos, con José de Arimatea, transformado en el SEÑOR ABARIMATÍA, me ocurrió hacer unos apuntes sobre la popularización de los personajes de la Pasión Sacrosanta en nuestros antiguos poetas.

Mas, al ir en busca de materiales para mi estudio, un

amigo cariñoso puso en mis manos el *Romancero espiritual* del Mtro. Josef de Valdivielso, y en él quedé tan dulcemente prendido, tan encantado de la gracia, sentimiento, elegancia y piedad de aquellas bellísimas canciones, de aquellos candorosos villancicos, de aquellos ingeniosos romances, que no dudé en cambiar de propósito y ofrecer a los piadosos lectores, en esta Semana Santa, algunas florecillas de tan ameno y rico pensil; sin volverme atrás la consideración de que, arrancadas de su rosar nativo y ofrecidas en artificioso ramillete, resultasen mezquino trasunto de su natural belleza y muestra pobre de los tesoros de fragante aroma de piedad y riquísimo colorido de fantasía que el *Romancero* encierra.

Yo me he reconciliado con el piadoso Maestro, natural de Toledo y capellán mozárabe de aquella Catedral.

Es decir, me he reconciliado con el poeta. Lo conocía muy poco *personalmente*. Algún villancico, no por cierto de los mejores; algunas escenas de las más conceptuosas de sus Autos y unas octavas de su *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo Patriarca S. José*, que aunque no me movían del todo a llamarle, como un crítico, «enfadosa epopeya sacra», me inclinaban más a quererle como piadosísimo varón, que a admirarle como *altísimo poeta*.

Y me alejaba más de su lectura la recomendación que a los *insomnes* hacían de sus obras los apuntes de crítica literaria que estudié en mis mocedades.

Verdad es que al huir de su lectura no me abandonaba por completo algún escrúpulo nacido primeramente del gran predicamento que gozó en su época, siendo ella edad de tan esclarecidos ingenios, y luego de la admiración y amistad que le concedían Cervantes, de cuyas obras fué censor varias veces, y Lope, a quien asistió en el lecho de muerte.

Digo, pues, que me reconcilié con el poeta, porque como *hombre* ¿quién no había de admirarle viendo empapadas de dulcísima devoción sus obras y considerando que, puesto que tenía (como asegura un editor suyo y esclarecido literato), un *lozanísimo ingenio*, no quiso jamás profanarle ejercitándolo en otros empeños que no

fueran los de cantar los más excelsos misterios de la Religión?

Por fin, leí su *Romancero* íntegro, editado nuevamente por el que entonces era P. Miguel Mir, S. J., y algunos de sus Autos recogidos por Pedroso en la edición Rivadeneira, y hallé ser muy justos los extremados elogios que entrambos reeditores hacían del Maestro Josef, el uno poniéndole entre los primeros líricos de nuestra poesía religiosa y mística y el otro, colocándole a la cabeza de los que en su tiempo escribieron Autos, y haciéndole compartir solamente su reinado con los excelsos Lope y Tirso.

Es el *Romancero espiritual del Santísimo Sacramento*, una colección de poesías líricas de muy diversos géneros, dedicadas todas, más o menos directamente, a celebrar tan Augusto Misterio. Hay, es verdad, algunas composiciones allí que no encajan en el título del libro; por ejemplo: las dirigidas a la Inmaculada, con ocasión de las buenas nuevas que venían de Roma, augurando feliz éxito para las negociaciones de Felipe III,

Que dicen que es un santico,

según escribe Valdivielso.

Por cierto que en esas piecitas, escritas a lo villano, hay una alegría tan franca y hasta regocijadamente gárrula, que bien pudiera aplicarse al mismo poeta lo que dice su aldeana:

Y pues que me dan licencia
 Que pueda habrar, habraré
 Más que un tordo y una urraca,
 Mas... qué más que una mujer?...

Otras composiciones, aunque no son directamente eucarísticas, están hechas en loor de algún Santo para decir las estando expuesto el Señor; tal es la de San Martín, tan oportuna como lo pueden dar a entender sus dos últimos versos:

Fiestas de dos capas tiene la Iglesia;
 mas de media capa, sólo la vuestra.

Por fin hay algunas que cantan la vida de Jesucristo, ya en su Nacimiento, con delicados villancicos, ya en su

Pasión, que tanta relación guarda con la Eucaristía, como que es un memorial suyo

De estas últimas, quisiera presentar algunos versos, y sin detenernos en la última Cena, pues no sabríamos qué escoger en arsenal tan rico, vengamos al *Romance de la Negación y lágrimas de San Pedro*.

En él la narración está hecha con toda soltura y elegancia que dan a entender estos versos:

Encontráronse los ojos,
Y sin mirarse los dos,
Cristo dió quejas a Pedro,
Pedro se las confesó.

Y esa confesión es tan sincera y noble como los sentimientos del Apóstol, que dice:

¡Señor!, que os vendiera Judas,
Hizo, al fin, como ladrón.
¡Pero que os negara Pedro,
Que os conoció en el Tabor!...

Verdad es que, a veces, casi nubla el ingenio al sentimiento, como cuando piensa:

Sal y piedra me llamaste,
Y luego a sospechar hoy
Si me he convertido en piedra
Como la mujer de Lot.

Paso por alto, y no sin pesar, los versos en que se describe la intervención de la Virgen en la conversión de San Pedro, para llegar a estas alusiones a la Corona de espinas, que leo en un villancico:

Trae Dios manchado el pellico
Con la sangre de sus sienas,
Que son del Pastor espinas
Las rosas de los placeres.
Oveja perdida
Perdón me pide
Y entrarás en el pecho
que me rompiste.

¿A quién no enamora y encanta tal dulzura? Y aun resulta más ingenio y profundo el sentimiento, cuando, imitando la vieja fábula de los trovadores de Juan II, hace diálogos como éste, a las llagas de Jesucristo:

ALMA
Feridas tenéis, mi vida,
Y dueñeros.
¡Tuvierais yo y no Vos!
Fuera yo, Señor la herida,
Si son de muerte las vuestras.

JESÚS
Pues que dolor de ellas muestras,
Alma, llámalas de vida,
Que no verás en mi herida
Donde vida no te doy.

Solían lucir su ingenio en certámenes y justas nuestros poetas, ajustando sus composiciones a un pie dado. Véase con qué gallardía lo hace Valdivielso cantando a las llagas de Jesús:

Vuestras llagas, Jesús mío,
Mi bien y regalo son;
Mas quíbrame el corazón.

Son un rosal encarnado,
Cinco rosas descubiertas,
Cinco granadas abiertas
De un pechiabierto granado.
Son flor y fruto que ha dado
La tierra de promisión;
Mas quíbrame el corazón.

La fuerza de su imaginación, poderosa hasta la violencia, puede colegirse por este fragmento del *Romance al Santo Entierro*:

Las campanas clamorean
De los sensibles peñascos,
Que es bien que las piedras hablen
En tan lastimoso caso.
Viste el sol bayeta negra
Y la luna monjil basto,
Capuces la tierra y cielo,
Que eran del nuestro criados.
La noche colgó de luto
Las paredes del Calvario
Y el templo el pésame dió,
Las vestiduras rasgando.
Las hachas son amarillas,
Que los celestiales astros,
Como vieron su luz muerta,
Amarillos se pararon.

Es curiosa la única excepción o falta que encuentra en el fúnebre cortejo:

No vino la clerecía,
Pues de doce convidados,
Uno sólo se habló en él,
Que era del difunto amado.

Muchas veces el ingenio llega al conceptismo, y si bien es verdad que en el *Romance* nunca llega a los extremos de afectación que, a veces, se encuentran en los autos, como cuando en *El Peregrino* escribe:

El perdido que es perdido,
Que se pierda ¿qué se pierda?

hay que tener en cuenta que por aquellos tiempos no se alcanzaba fácilmente popularidad de poeta, si no se alardeaba un tanto de sutil y agudo. Y aun recordando el tiempo que escribía, yo dudo a veces si atribuir algunos conceptos a la manía imperante a la sazón, de buscar sorprendentes paradojas y retruécanos, que solían quebrar de puro sutiles (harto más disculpable, y noble, por cierto, que la inundación de colmos y parecidos que padecemos hoy) o quizá, considerando la profunda devoción del piadosísimo poeta, llegó a creer que veía a Dios en todas las cosas, como San Francisco, cuando hablaba con los pajaritos y flores del cam-

po, o poniendo en práctica la hermosísima *Contemplación para alcanzar amor*, que pone San Ignacio hacia el fin de sus *Ejercicios espirituales*: «El tercero, considerar cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra... en los elementos dando el sér, en las plantas vegetando, en los animales sensando, etc.»

Eso me hace pensar el *Romance al clavo de los pies de N. S. Jesucristo*, donde trae semejanzas de las lejanas ideas, para su propósito.

Así alude a la ley de asilo:

A este clavo quiero asirme,
Que es aldaba de la Iglesia,
A donde, asida, no temo
Que la justicia me prenda;

o al hierro candente con que estigmatizaban a los esclavos:

Dulce Jesús, este clavo
Que vuestros pies atraviesa,
Poned con fuego en mi frente
Y quedaré esclava vuestra;

y aún a las naos que de las Indias venían cargadas de especias:

Permitid, amado mío,
Que en el manjar de mis penas
Eche molido este clavo,
Porque es su mejor especia;

y a los dichos populares y a las justas literarias, muy curiosamente:

Si muchas dí en la herradura,
De haber errado me pesa;
Mas si doy una en el clavo
Del pie, acertaré a ser buena.

El pie daís en el certamen
De la justa de la Iglesia,
Y el que glosare este pie
Será divino poeta.

Si Valdivielso lo era muy humano, cuando en tales conceptos se entretenía, bien divino parecía otras muchas veces, como en el *Romance a la Soledad de Nuestra Señora*, que el mismo Góngora y el mismo Lope con gusto proharían:

Sola, con sola la Cruz,
Los tiernos ojos en ella,
Y en sus virginales manos
Clavos y espinas sangrientas;
Vuelos dos fuentes los ojos
Que derraman vivas perlas,
Llorando muerta su vida,
Dice así una vida muerta:
—¡Ay! Cruz que en mi soledad,
Como amiga verdadera,
Sola a la sola acompañas,
Sola a la sola consuelas!
Dame tus abrazos, Cruz,
Abraza a esta Madre tierna,
Que, a falta de los de Dios,
Sólo los tuyos suplieran!...

Y como entre las razones que movieron al piadosísimo poeta a publicar su *Romancero*, es, según propia confesión, una muy principal «obligar a los ingenios de esta corte, para estampar los papeles en que está la consideración, devoción, lágrimas y aprovechamiento de los oyentes», pocas veces descuida el moverlos a dolor y penitencia, no ya sólo con la representación de los misterios, pero aún con directas exhortaciones, galanísimamente poetizadas.

Por eso acaba el *Romance de la Soledad* diciendo:

Los muertos a quien dió vida
Sienten su pasión acerba,
Y tú, que se la quitaste,
Ni la lloras, ni la piensas!...

Por eso también se tropieza en el *Romancero* con alusiones a las palabras del Señor en la Cruz, como ésta:

Mírale en la Cruz, sediento,
Y que, a voces, su sed muestra!
Hiel y vinagre le disteis!
Dadle el agua que desea...
Agua de ángeles haced,
Con flores de penitencia,
Que sólo este agua sé yo
Que el agua de ángeles sea!

Y poetiza las lágrimas de dolor por los pecados, con imágenes llenas de encanto, como cuando dice:

Vierte lágrimas el alma
Y baja el cielo a cogerlas,
Que lágrimas por pecados
Las vuelve el cielo en estrellas.

Tal es una pequeñísima muestra de lo que el *Romancero espiritual* del Mtro. Josef de Valdivielso, y digo que es pequeñísima, porque forzado por las circunstancias que imponen el asunto, y además por las estrecheces de un artículo, sólo he podido mostrar una de las fases del poeta, dejando las de su principal intento, que es cantar a la Eucaristía, y aun en la parte escogida, sólo he manifestado una pequeña partecita, buscando a veces con curiosidad lo más característico, mejor que lo más hermoso.

Y, aun con todo, bien habrán podido apreciar nuestros lectores la gran fuerza poética del celebrado ingenio y «su gran facilidad en hablar de los misterios más sublimes de la Religión y en dar cuerpo y vida y movimiento a los conceptos más sutiles y abstractos», y sobre todo, el gran caudal de piedad y devoción que su ánima enamorada de las cosas celestiales atesora, bien digna, a juzgar por sus escritos, de que, como él escribió de la arrepentida,

Cantando *Te Deum laudamus*,
La reciban a las puertas
Los prebendados del cielo
Que en altas sillas se sientan.

NOGARA.

Ante la Cruz.

¡Silencio, verdugos!
¡Silencio, profanos!
Que el Señor, en la Cruz de mis culpas,
se encuentra expirando.
¡Ya se cierran, cansados, sus ojos!
¡Ya se abren, rendidos, sus labios!
¡Ya se nubla la luz de su frente!
¡Ya se rasgan sus pies y sus manos!
¡Y aún palpita aquel pecho gigante,
amando al ingrato,
que, en lugar de abrazarle amoroso,
en el rostro le escupe, villano!...

¡Mirad, cómo muere
sufriendo y amando,
con los brazos en cruz extendidos,
queriendo abrazarnos!
Abrió tal amor en su pecho,
tan fuerte, tan santo,
que el amor convirtióse en locura
y subió por amor al cadalso.
¡Misterio sublime,
sublime y sagrado,
que horroriza los ojos el verlo,
que horroriza la lira el cantar!...

¡Silencio, verdugos!
¡Silencio, profanos!
¡Que el Señor, en la Cruz de mis culpas,
se encuentra expirando!

¡Ya murió!... Sosegado y tranquilo,
como dicen que mueren los santos,
en los brazos del Padre ofendido,
en los brazos del Dios ultrajado.
Venid, golondrinas
que lloráis en los nidos cercanos,
y arrancad las espinas crueles
que en su frente los hombres clavaron.
No mires el crimen,
claro sol que gobiernas los astros,
y en las nubes que engendran el trueno
oculta tus rayos.
Rasga en dos tus entrañas, ¡oh tierral,
que sostienes el peso sagrado,
y con gritos protesten tus montes
del crimen nefando!...

¡Ya murió!... Era Autor de la vida,
y la vida a su Autor le quitaron;
era Rey de la muerte, y la muerte
le estrechó poderosa en sus brazos.
Murió por queremos;
murió por salvamos,
por hacemos dichosa la vida
a sus pechos divinos colgados;
por darnos el néctar
que brotó del abierto costado;
por romper nuestros grillos de presos;
por borrar nuestro estigma de esclavos.
Se horrorizan los ojos al verlo,
se horroriza la lira al cantarlo;
pero el alma se siente dichosa
al mirar aquel leño sagrado,
donde Dios, en la Cruz de mis culpas,
se encuentra expirando.

¡Silencio, verdugos!
¡Silencio, profanos!...

Francisco ROMERO.

Los Nazarenos.

VIERNES Santo. Viernes que rememora dolor, misterio, cruento sacrificio, redención.

Sobre la vieja ciudad flota un ambiente de gravedad, de resignación; algo misterioso y solemne, que no puede romper la Primavera con su alito perfumado y tibio, ni el azul purísimo del cielo, que, a ratos, asoma por el girón de las nubes.

Las flores, meciéndose sobre sus tallos, esparcen sus aromas; el sol engarza con luz de oro las prolifias fachadas y las altas torres.

Las campanas todas han enmudecido. En la torre catedralicia, un bélico clarín llama a coro, con sonar desentemplano, toque de ignorado combate, que sustituye a la voz argentina y familiar del *cimbaló*.

Una gran Cruz de palo, delante, llevada por un hermano; a ambos lados dos apretadas hileras de cofrades, con sendos crucifijos sobre el pecho, y al final, los sacerdotes y a veces el Obispo. Son los *Nazarenos*, que cruzando la ciudad, se dirigen a celebrar el devoto ejercicio del *Vía-Crucis*, en la vieja Catedral salmantina.

Y así van por las calles, con lento andar, contestando el murmullo de la hermandad, a la voz potente que reza *Pater noster* y *Ave Marías*.

Y así llegan a la puerta de la Catedral vieja, siempre cerrada y solitaria, que ahora se abre de par en par, para dejar entrar aire y luz y el tropel de gentes que allí esperan para unirse a los *nazarenos* en su devoto ejercicio.

Bajo la bóveda bizantina tiene extrañas resonancias la fuerte voz que reza, como si se unieran, en misterioso coro, los ecos de todas las preces que allí se elevaron durante siglos.

Las naves de la Catedral están llenas de fieles, el *Vía-Crucis* ha comenzado, y delante de cada una de las cruces del Calvario, cofrades y no cofrades se prosternan devotamente, sobre las losas desiguales, desgastadas por las rodillas de muchas generaciones.

Ante la capilla mayor termina el *Vía-Crucis*, y desde lo alto del Juicio final que corona el altar mayor, baja un rayo de sol que se deshace en impalpable lluvia de luz.

La hermandad sube la escalinata y sale a la calle por la puerta principal, y detrás el apiñado concurso de los devotos. La vieja Catedral se queda otra vez sola.

Al salir, unos ojos de varón han tropezado con unos ojos hermosos de mujer.

Primavera esparce sus aromas, las flores se mecen sobre sus tallos, que besa, amoroso, el sol de Abril.

Máximo PEÑA

El corazón de Magdalena.

Es muy conocida en Salamanca: todos los que han presenciado el desfile de los pasos de Viernes Santo por las calles de nuestra ciudad, se han fijado con marcada atención en ella. Tiene el abundoso cabello suelto, flotante sobre sus espaldas, agitado por la brisa de melancolía de la tarde del Viernes; los brazos, tendidos hacia la Cruz, sedientos de abrazos; las manos son finas, torneadas, angelicales; en las facciones de su rostro de líneas delicadas, correctísimas, de intensa belleza femenina; en sus ojos, de mirada dulce, tierna, dolorida, profundamente apasionada, acertó a grabar el artista, dándole realidad y vida en la materia inerte, el tipo más acabado de corazón de mujer. Quizá no sea todo devoción y sentimiento cristiano, y entre por mucho (sin darse cada cual cuenta de ello) la flaqueza del corazón humano en esa admiración y entusiasmo con que se mira, se señala a los demás, se comenta y se pondera el valor artístico, la pureza de líneas, la expresión y el sentimiento de la escultura del paso de la Crucifixión, que representa a María Magdalena; como que a penas hay quien en ese paso repare en las otras tres esculturas, y eso que algunas de ellas no están exentas de arte, de belleza y de sentimiento.

Los hombres tenemos la flaqueza de guiarnos mucho por los sentidos y penetrar muy poco en el interior de las cosas; por eso abundan tan poco las almas interiores. Y sin embargo, eso creo yo que es precisamente, y antes que nada, esa mujer admirable, que pocos saben admirar: un alma interior, un alma profundamente extática, totalmente abstraída del mundo exterior que la rodea, de ese mundo grosero y materialista, que un día enlodó sus más puros afectos y sus más delicadas sensibilidades y que hoy no existe para ella, o si existe, se ha condensado todo en la soberana belleza de aquel adorado Dueño de sus pensamientos, de sus ternezas, de sus ansias y sus amores, para quien únicamente vive y con quien está su espíritu pendiente de la Cruz.

El mismo Divino Maestro quiso hacerse su panegirista y el más acabado de sus pintores, retratando el corazón de aquella dichosísima pecadora en estas dos palabras, que son todo un poema de soberana e inimitable belleza: «Amó mucho».

El corazón de María Magdalena amó mucho, amó ardorosamente, amó con apasionamiento, con delirio, amó hasta donde puede llegar amando una mujer; no será, tal vez, aventurado decir que fué el corazón de mujer que más amó a Jesucristo, después del de la Virgen. Y ese amor fué el que la redimió de la ignominia y de la tiranía de sus afectos. Todas las escenas que de Magdalena nos ha transmitido el Evangelio revelan de consuno ese carácter ardiente, apasionado, tiernamente enamorado de su corazón. Magdalena, a los pies de Cristo, cautiva de sus divinos encantos y pendiente de sus palabras de vida eterna; Magdalena, en el banquete de Simón el leproso, ungiendo los pies de Cristo, enjugándolos con la dorada madeja de sus cabellos, besándolos con tanto respeto como ternura; Magdalena, clavada como un mármol, inmóvil como la estatua del dolor ante la Cruz del Redentor; Magdalena, corriendo presurosa entre las sombras de la madrugada del Domingo de Pascua, cargada de los más preciosos aromas, a ungir el cadáver de Cristo, depositado en el sepulcro, y hundiendo sus ojos, arrasados en lágrimas, en aquel monumento vacío, para preguntarle, con el ardiente lenguaje de sus lágrimas, por el paradero de su dulce Dueño... se nos revela siempre la mujer que ama, pero que ama con amor fuerte, intenso, arrebatado, como ama el corazón de la mujer; pero un corazón de mujer que se ha purificado, que se ha ennoblecido, que se ha santificado con el amor de la Eterna Belleza para amar sin bajezas, sin ignominia, sin inmundicias de la carne, como aman los serafines de la gloria, como aman las vírgenes del Cristianismo, como amó el purísimo y virginal corazón de la Santa Madre de Jesús.

Ese es el corazón de María Magdalena: un corazón de mujer, transformado, por el amor de Jesucristo, en un corazón de serafín.

Francisco BORRERO.

Jesucristo y la humanidad.

NUERDES el polvo de la tierra ingrata, humanidad perdida, y allá en las misteriosas soledades, de tu alma marchita las añoranzas roen, los sueños martirizan, las dudas atormentan, las tristezas agitanse infinitas. Te acuerdas de tu rico patrimonio, perdido en los albores de tu vida, patrimonio divino, con raigambre de dichas, cimentado en el seno de la gran Ciudad mística. Tu patria. ¿No recuerdas? La de regias sublimes perspectivas, la de vastos eternos horizontes, la de rientes bullidoras brisas, la de los días matinales diáfanos, la de auroras de oro y amatista; de vastas heredades, de ríos de aguas vivas, de dichosos ensueños, de durmientes delicias. La patria de los héroes y los santos, la de castas doncellas sin mancilla, la de andrajosos vagabundos pobres, la de las tristes almas abatidas, la de los solos, despreciados huérfanos, la patria de las razas primitivas, las razas vigorosas que no han degenerado en su hidalguía. ¡Tu patria! La perdiste, al soplo enervador de tus desdichas, y vagas en las sombras, cargada con el peso de la vida. y sufres los crueles latigazos de manos vengativas, que se ceban, rabiosas, en tu carne cautiva; y llevas las cadenas del esclavo, abriendo en tus espaldas ancha herida y diriges tus pasos vacilantes por el desierto erial de las espinas; no sabes tu destino, te ahoga la fatiga, el odio te envenena, el pecado en sus garras te acribilla, la muerte, rencorosa, de tu cuerpo te arranca, fibra a fibra, pedazos de tu entraña palpitante y a la nada te vas con la ceniza. Vacío el corazón, seca la entraña, en ponzoña tu sangre convertida, devorados tus miembros por gusanos que te roen las vísceras, por los mundos oscuros, sin Dios y sin honor triste caminas. Quieres vida sin vida, amor sin alma, luces perennes sin la luz divina, deleites sin la savia de dolores y una tierra de flores sin espinas y cimentas tu sér y tus anhelos en regiones vacías de una nada impotente que jamás saciará tu sed de vida. Pero ese Cristo que en la Cruz padece ese es el Cristo víctima, es el Cristo de amores, es el Cristo que anima con su sangre caliente la tierra en su letargo adormecida. El Cristo de los pueblos y las razas que en el mundo caminan devorando amarguras y gustando torturas infinitas. Es el Cristo pacífico, el Padre de las gentes fraticidas que se arrancan entrañas a pedazos, sus tierras pulverizan, roban sus heredades, sus campos aniquilan, sus mujeres, sus hijos con el hierro esclavizan, y montón de cadáveres de hermanos en repugnante confusión hacinan. El Cristo de los ósculos divinos que en un beso de paz nos da la vida y al brotar las palabras de sus labios, en corrientes dulcísimas, nuestro espíritu inerte a la vida del Cielo resucita. El Cristo de los brazos maternales que en divinas caricias, con cariños maternos, con maternas sonrisas, estrecha entre sus brazos a las almas y en ellos sus amores purifica. El Cristo de los místicos dolores que en angustias divinas, en las recias tormentas de su alma dolorida, en rudas soledades, en fieras embestidas, en horribles tristezas, en ingratas perfidias, en horrendas traiciones, entre negras envidias, entre ríos de sangre que fecundan la tierra envilecida; en un martirio lento de lentas sacudidas, al volar de su espíritu en ritmos de agonía, engendra para el reino de los Cielos a la humana familia; su heredad de dolores, la heredera del Cielo más querida que tiene por mansión de sus ensueños los alcázares regios de allá arriba. Cristo, rey de los mártires,

que a la faz de los siglos agoniza y sus amargas lágrimas las nuestras dulcifican; sus heridas sangrientas las nuestras cicatrizan; sus bárbaros azotes deshacen el rigor de la justicia; sus pies, al palo quietos, hasta el Cielo los nuestros encaminan; su pecho, desgarrado, nos abre el paraíso de delicias; su cuerpo, en la cruz yerto, el nuestro en esplendores vivifica.

Humanidad doliente, humanidad perdida; tu Cristo es tu esperanza, tu Cristo es el emblema de tu dicha, la estrella brilladora en el desierto por donde incierta en el error vacilas. Tu Cristo es de tus hijos la fuente de corrientes cristalinas donde sacien la sed de bienandanza que su espíritu ansía.

Tu Cristo es esa ciencia misteriosa que a raudales se agita en el seno profundo de los séres, en la esencia sin luz de los enigmas, y que deshace el caos de nubes obscurísimas que tu nublada frente envuelven en innumerables neblinas.

Tu Cristo es el rescate de los siglos; sin Él las razas todas confundidas caerán en los brazos de la muerte para no ver jamás la luz del día.

Vuelve a Cristo tus ojos, humanidad caída; en la Cruz hoy te da la paz del alma y el beso de las dichas infinitas. Desgraciada de ti si en tu destierro, de la Cruz de tu Cristo te emancipas.

A. Q. TAVERA

La resistencia física de Jesucristo, hombre.

NASARON ya, por fortuna, los tiempos en que los «sabios» —menguados sabios!— se reían de la Biblia, como de un tejido de absurdos, según el cual la luz fué anterior al Sol; cayeron las murallas de Jericó a son de trompetas, y había ciudades, como Ninive, cuyo perímetro era mayor que el de la Londres actual.

Pasaron ya esos tiempos, y su pedantería huyó ante la verdadera ciencia: un día fueron Lavoissier y Laplace, los que demostraron a la faz del mundo, que la primitiva nebulosa, madre del mundo físico y fuente de luz, fué en millares de siglos anteriores al astro-rey; otro día desenterraron los pacientes orientales el gigantesco esqueleto de Ninive, ciudad-imperio, con tres días de camino de circuito. Y hubo que tomar precauciones con los puentes metálicos, resistentes, si, pero frágiles como vidrios ante un sonido que los haga vibrar de cierto modo...

El moderno ateísmo tuvo que adoptar otra modalidad; hoy, negar la existencia de Jesús, tachar de impostor al «Libro por excelencia», es algo tan grosero y burdo como la grotesca suspicacia del patán, que recela y duda de cuanto no ha visto, y cree que «hay trampa» en los adelantos de la ciencia. Hoy, las verdades fundamentales del catolicismo, se acatan en cierto modo, de una manera condicional, es cierto, pero se acatan al fin.

«Jesús, aquel gran corazón! ¡El sabio filósofo de Galilea! ¿No habéis oído estas y otras frases análogas, de tono protector, que parecen necedades y son blasfemias? Ahora se trata de «interpretar» la palabra divina como un documento histórico hecho por hombres honrados, pero ignorantes y donde las lumbreras del siglo xx han de buscar «el fondo de verdad» que es completamente humano.

Donosa teoría, en verdad, que sería ridícula si no se sintiera al través de las huecas palabras, el blando aleteo del Espíritu del Mal. Pero ante Dios no hay sofismas, y tal trabazón existe entre las verdades reveladas, que, haciendo nuestra la frase de un gran predicador, admitida la Resurrección de Jesucristo, hay que admitir hasta el uso del agua bendita, impuesto por la Iglesia.

La Pasión y Muerte de Jesús es un hecho histórico, tan comprobado, aún en sus detalles más pequeños, que nuestros *espíritus fuertes* la aceptan como el martirio de un «idealista» que dió la vida en aras de sus románticos ensueños (!) y que—claro está—no llegó a resucitar, aunque otra cosa creyesen algunos discípulos amantes y harto crédulos.

Pero lo malo es que tal argumento busca la eliminación de todo elemento sobrenatural, y éste atraviesa la fementida argumentación, y salta pujante y bravo en esta pregunta: ¿Pudo un hombre, el hombre más fuerte del mundo, resistir los padecimientos de Jesús?

El conocimiento anterior y detallado de cuanto ha de ocurrir, la visión trágica y horrible del fin que se acerca, espantan al Hombre, hacen temblar su naturaleza, pequeña para soportar la carga; provocan el sudor de sangre, fenómeno comprobado en casos de angustia supra-humana, de horrible tensión nerviosa. Y cuando se halla bajo la depresión que debe seguir a la tremenda crisis, le detienen, le llevan maniatado, y le tienen desvelado durante aquella larga noche y todo el día siguiente.

¿Pudo la misma excitación de la tortura, darle esta resistencia al sueño? Sea. El Salvador es atormentado de mil modos, y es azotado durante largo rato. Las tradiciones y revelaciones hacen subir el número de azotes a tres mil, y debió ser azotado con nervios de toro, por hombres vigorosos, que harían alarde de su fuerza ante el populacho amotinado. Pues bien, aunque el número de azotes fuese de la décima parte, basta leer los resultados de la pena, antiguamente aplicada en todas partes, y de moderna aplicación en Inglaterra, para hacerse cargo de que un hombre a quien no sostuviera un poder sobrenatural, no hubiese resistido la prueba.

Pero aún hay más: hay la ascensión al Calvario, subiendo la enorme cruz; el tormento horrible de la crucifixión; y con las manos y pies descoyuntados y desarticulado el pecho, aún vive seis horas y han de rematarle de un lanzazo...

Llena está de milagros la vida del Redentor; pero esta fuerza interior y patente que anima su cuerpo, a punto constantemente de desmayar, y le da fuerzas para que sufra hasta el fin, para que llegue el cumplimiento de las profecías, es, a mi juicio, uno de los milagros mayores.

Luis de la ESCOSURA.

El llanto de Magdalena.

LBA a morir Jesús... Sobre la cumbre, en torno de las cruces se agitaba, y febril y nerviosa blasfemaba la abigarrada y ebria muchedumbre...

El dulce Redentor, con mansedumbre, la escena aterradora contemplaba, y el sol sobre su frente derramaba los temblorosos rayos de su lumbrere...

De santa compasión henchido el seno, abrazada a los pies del Nazareno, blanca como un capullo de azucena,

Suelto el cabello, trémula y llorosa, con sus labios de luz, como una rosa, así hablaba la amante Magdalena.

II

¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!... ¿Quién ha clavado tus manos redentoras a ese leño?... Al destrozar así, mi dulce Dueño, también mi corazón han destrozado...

¡Oh paloma sin hiel, lirio sagrado, ángel de luz con quien de noche sueño!... ¿Aún con ojos de amor miras risueño a quienes sin piedad te han maltratado?

¡Quiero estar a tu lado, Jesús mío, hasta que el necio populacho impío recoja el fruto de su rabia loca,

Y recibir aquí, puesta de hinojos, las últimas miradas de tus ojos y las últimas frases de tu boca!...

III

Te vi una tarde azul, por vez primera; una tarde de inmensa poesía, en que en el claro ambiente sonreía la amable y apacible primavera...

Como el espacio azul tu manto era... El viento que en las flores se mecía con su leve suspiro estremecía tu sedosa y rizada cabellera...

En un celeste resplandor envuelto te vi de lejos avanzar resuelto por el blanco camino de Emaús...

Y desde aquel momento venturoso mi corazón impuro, pero hermoso, palpó solamente por Jesús...

IV

Te vi otra vez, y cual paloma herida por la garra cruel de los milanos, me acerqué a Ti, Jesús, y con tus manos suavizaste mi llaga dolorida...

Y al comprender que estaba arrepentida de mis delirios locos y mundanos, me dijeron tus labios soberanos: «¡No vuelvas a pecar más en tu vida!...»

Prometí obedecer, y lloré tanto, que bañé con las gotas de mi llanto de tus pies el blancor alabastrino...

Y en este corazón que fué de cieno murió la llama del amor terreno y ardió la hoguera del amor divino...

V

Magdalena calló... Sintió asombrada que la tierra de horror se estremecía, que en el espacio el sol palidecía y que estaba la turba amedrentada...

Fijó en la faz de Cristo la mirada y notó que amoroso sonreía, y a uno de los ladrones le decía: «¡Hoy estarás conmigo en mi morada!...»

Después le vi cerrar los dulces ojos y con sus labios, por la sangre rojos, le oyó pedir a Dios por su enemigo...

Y al verle reclinarse hermosa frente, abrazada a sus pies, gritó doliente: «¡Oh, quién pudiera sucumbir contigo!...»

Miguel R. SEISDEDOS.

El Israelita.

CAMINANDO siempre errante, con todo su avaro pensamiento absorto por impetuoso delirio de eternas y atrevidas codicias, indiferente a humanas convulsiones, viviendo en el seno de otros pueblos y de distintas razas, tan invencible como constante en sus más profundas y lucrativas creencias, sigue el Israelita la dolorosa senda que le trazara su inexorable destino.

Infinitamente desagradecido, avezado a una existencia cuyo lema es el abandono, sin patria ni afectos, sin vínculos de amor, a través de la Historia, ha sido el imán que atrajo sobre sí todas las calamidades y todos los desprecios, supeditado a los fatales designios de la gran desconianza que nos inspira sólo el intento de adivinar las vulgaridades y pobreza de su alma.

Aislado por completo, sólo se conmueve y acelera su corazón ante las grandes combinaciones bancarias, solo se extremeca al fulgurar de las piedras preciosas. En sus primitivos tiempos, favorecido por extrañas venturas, impúsose con ilegítimo orgullo a las sabias doctrinas de Jesucristo, y declarándose absoluto, desató renegando de los ejércitos del cristianismo. Pero no alcanzó la meta de sus aspiraciones, y desde entonces, lejos de sobreponerse a todo lo humano y responder al fin de una existencia predominante, viene siendo simple y obscuro satélite que se agita entre densas nebulosidades sólo por el influjo de desenfadado egoísmo.

Tal vez por la crueldad de los Césares Tito y Adriano, colaboradores en la obra de destrucción de la patria y dispersión de este pueblo, y porque sobre su raza gravita el estigma de horrendo crimen de lesa divinidad, es por lo que a estos seres desventurados no les ha sido posible emanciparse, constituyendo una nacionalidad.

En diversas ocasiones han pretendido recuperarse la pérdida Palestina. Con su ídolo, «el oro», al que equivocadamente conceden cualidades de avasallamiento definitivo, pretendieron hacer desaparecer los más grandes inconvenientes.

Ultimamente, en el congreso israelita celebrado en Suiza, trataron de realizar este ideal; pero sus vehementes deseos y locas esperanzas se estrellaron en su carrera progresiva contra el baluarte infranqueable de una férrea voluntad ultrahumana.

En no muy remota ocasión y por meros antojos de feliz coincidencia yo lo he llegado a ver. Yo he vivido cerca de él. Era un vejete de extraño contraste, de ojuelos grises y escudriñadores e hipócrita faz, pero de alma algún tanto ingenua y susceptible sentimiento.

Y le he visto en Viernes Santo, ordenar inqueieto y afanoso dentro de su lóbrega y misteriosa *bureau* las letras de cambio, mientras de la calle se apercebía sonoro y continuo repiquetear, producido por los cascos de la caballería militar que escoltaba al Santo Entierro.

El vejete, sumido en un laberinto de grandes confusiones, para mí difíciles de adivinar, conteniendo dos lágrimas indiscretas, de amargura quizás, ha hecho trizas un pagaré salvando al más pobre de sus acreedores.

Y entonces he pensado si, fiel a su raza y a sus costumbres, perpetúa una tradición o realiza una obra, ejemplo de piedad infinita.

Heliodoro MAESTRE.

A la sagrada Cruz.

(Hermosísima composición de Fr. Diego de Ojeda).

DAME, Señor, que cuando el alba bella El cielo azul de blancas nubes orne, Tu Cruz yo abraza y me deleite en ella, Y con su ilustre púrpura me adorne; Y cuando la más linda y clara estrella A dar su nueva luz al aire torne, Mi alma halle el árbol de la vida, Y a ti, su fruto saludable, asida.

Y cuando el sol por la sublime cumbre En medio esté de su veloz carrera, La santa luz con su divina lumbrere, Más ardiente que el sol, mi pecho hiera; Y al tiempo que la noche más se encumbra Con negras plumas en la cuarta esfera, Yo a los pies de tu Cruz, devoto y sabio, Tus llagas bese con humilde labio.

Cuando el sueño a los ojos importante Los cierre, allí tu Cruz se me presente, Y cuando la vigilia me levante, Ella tu dulce Cruz me represente; Cuando me vista, vista el rutilante Ornato de tu Cruz resplandeciente, Y moje, cuando coma, en tu costado, El primero y el último bocado.

Cuando estudie en el arte soberana De tu Cruz, la lección humilde aprenda; Y en ese pecho, que dulzura mana, Tu amor sabroso y tierno comprenda; Y toda gloria me parezca vana Si no es la que en tu Cruz ama y pretenda; Y el más rico tesoro gran pobreza, Y el deleite mayor una vileza.

Y yo, mi buen Señor, te mire ornado, Lleno de sangre y de sudor cubierto; Ya preso del feroz aleva bando, Con duras sogas en el triste huerto; Ya ante el soberbio tribunal callando, El rostro a mil injurias descubierto; Ya tenida por loca tu cordura, Y ya por arrogante tu mesura;

Ya en el pretorio con rigor desnudo, Y con furiosos látigos herido; Ya con aquel ornato infame y crudo, Frente y cerebro sin piedad ceñido; Ya traspasado con dolor agudo, Y en vez de Barrabás escarnecido; Ya como ahora vas, la Cruz al hombro, Ya siendo al cielo, en cruz, divino asombro.



Negaciones de San Pedro.

OR tercera vez, el Príncipe de los Apóstoles consumió la cobardía de negar a Jesús. Sentado entre la chusma soez de soldados, alguaciles y criados, que en el atrio del palacio de Caifás blasfemaban contra Cristo, no acertó a pronunciar una palabra de protesta, pensando en que su silencio habría de salvarle del mal paso en que se hallaba. Pero quiso su mala fortuna, que por allí pasara la criada portera y le preguntase:

—¿Eres tú de los discípulos de ese preso?

Sobrecogido el Apóstol de gran timidez y espanto, porque temía descubrirse y ser objeto de los insultos y tormentos de aquella turba, manchó sus labios con ofensiva mentira y dijo:

—No soy.

Cantó el gallo por vez primera, y a poco, una criada del sumo sacerdote clavó en Pedro la mirada, y reconociéndole, dijo:

—Tú estabas con Jesús Nazareno.

Y segunda vez negó, diciendo:

—Ni le conozco, ni sé de qué me hablas.

Por último, un criado, pariente de Malco, le interrogó:

—¿No acompañabas tú a Cristo en el huerto? Si, tú eres, porque hasta te descubre tu lenguaje de galileo.

¡Quién lo creyera! Pedro aseguró y juró que no conocía a tal hombre.

La profecía de Jesucristo se había cumplido, pues que dijo: *antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres.*

Sin embargo, en lo más íntimo del corazón del Apóstol ardía la llama del amor y pugnaba por salir de su pecho el grito de la fe, para defender a su adorado Maestro.

Cantó el gallo segunda vez, y el Señor dirigió a su pobre discípulo una mirada de perdón.

Fué entonces cuando Pedro sintió en su alma la unión de la divina gracia, y el arrepentimiento más doloroso torturó su corazón.

Macilentos botecillos del árbol de la culpa, somos los humanos pobres de valentía para confesar a Cristo. Sentimos las rebeliones de nuestra carne deleznable, que lucha contra el espíritu, y cobardes también, negamos y ofendemos al autor de la Gracia.

¡Que una mirada compasiva de Cristo despierte en nuestras almas un dolor sobrenatural, por tantas culpas, y nos dé el valor preciso para luchar y morir como el Apóstol, defendiendo y confesando al Redentor!

LADINO.

Pílatos.

HOY COMO AYER...

«...¡Oh, Pílatos, pluguiera a Dios que tú sólo fueras el juez que temiese más al César que a Dios! ¡Y que tú sólo fueras el que mirase a las voces y rumor del pueblo, que a la justicia y a la verdad! ¡Y que fueras tú sólo también el que quisiese cubrir la mala vida y las malas obras con buenas apariencias!»

(P. LA PALMA. *Historia de la Pasión*. Cap. XXV)

LA figura del Presidente de los Romanos, Poncio Pílatos, aparece a los ojos del cristiano como la más antipática y la más repulsiva de todas las que tomaron parte en el horrendo deicidio, comenzado en el Huerto de los Olivos con la infame traición de Judas, continuado entre las bfeas, burlas y escarnios de la plebe en los Tribunales de Anás, Caifás, Herodes y Pílatos, y consumado en el Monte Calvario, con el abandono de los Apóstoles del Salvador y la lanzada despiadada del Centurión Longinos. Que es muy cierto lo que cantó el poeta (1):

¡Muere!... gemid, humanos:
Todos en El pusisteis vuestras manos.

Todo el proceso de la causa del Redentor del humano linaje pesaba sobre Pílatos, y de su fallo pendía la sentencia condenatoria que había de poner en el más infamante patíbulo al que era la misma Inocencia y Santidad.

Este juez inicuo, que tenía fama de poseer una prudencia según el mundo, es el solicitado por aquellas turbas que, fanatizadas y alucinadas por los Principes de los Sacerdotes, pedían, con desaforados gritos de odio, la sentencia de muerte contra el Redentor... Estudió con detención la causa de Jesús... examina repetidas veces las varias y fútiles acusaciones en que apoyaban su encono y furor los judíos, para ver de encontrar alguna apariencia de razón y con ella justificarse y aplacar la cólera del pueblo alborotado, pero... en vano; y se ve obligado varias veces a exclamar: *Ego nullam invento in eo causam*. Yo ningún delito hallo en este hombre (2).

Y, ¿qué hace Pílatos?... ¿Dejará en libertad al Salvador del mundo por no haber encontrado pruebas para condenarle?... O, convencido de la inocencia de Jesús, ¿se vestirá de entereza y de carácter para administrar la justicia ante un pueblo amotinado?... ¿Accederá a los insistentes ruegos de su mujer que, toda asustada por los horribles padecimientos que en sueños había tenido, le intimaba a que no tomara parte en la muerte y condenación del Justo?...

No, en verdad... Pílatos quiso favorecer al Salvador...

(1) Alberto Lista. «La muerte de Jesús».

(2) S. Juan, Cap. XVIII, v. 38.

Msá aún: acuciado por los remordimientos y acosado por el gusano roedor de su conciencia, quiso librarle de la muerte, librándole de las garras de sus enemigos; pero amenazado e intimidado por las turbas, quiso halagar a éstas también, y no sabiendo qué partido tomar, pretendió inhibirse en el asunto... *lavándose las manos* y diciendo: *Innocens ego sum a sanguine iusti huius: vos videritis*. Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá os lo veáis vosotros (1) y en el punto y hora en que públicamente declara la inocencia de Jesús, lo entrega a los judíos para que lo aten de pies y manos y lo crucifiquen *more iudeorum*.

Juez inicuo e injusto, hombre hipócrita y «doblado», que por mirar más a las clamorosas voces y ensordecedor rumor del pueblo, que a la verdad y a la justicia, juzgó y condenó a la misma Justicia y Verdad, y temiendo más que a la Majestad infinita de Dios, a la deleznable majestad del César, se hizo reo de lesa Divinidad...

Han transcurrido más de diez y nueve centurias y las trágicas escenas del Pretorio, se han repetido a través de los siglos... Pílatos, sigue viviendo en nuestros días inspirando, en colaboración con el eterno enemigo del nombre cristiano, Satanás, en jueces y gobernantes... La inocencia, la verdad y la justicia son inicuamente holladas con harta frecuencia, conculcados sus derechos, perseguidos y condenados los que tienen la valentía de pisotear el mal llamado respeto humano, al dar la cara por Cristo, al confesar y sellar con su sangre la divina religión del Crucificado.

Y ¿por quiénes? Por los Pílatos que abundan en todas partes; en las Leyes y en los Comicios, en la Tribuna y en la Cátedra, en el Libro y en la Prensa, donde, obligados a fallar en un pleito de compromiso, se inclinan a la peor parte y, queriendo defender la justicia y la verdad, oprimen y condenan al inocente y justo.

Hoy como ayer, estos hombres tímidos y cobardes, los sin carácter, llevados de una mal entendida prudencia humana, acaban por... *lavarse las manos* como Pílatos, aunque como él, las saquen más manchadas, queriendo así cubrir con buenas apariencias de fuera, su interior mala vida y peores obras.

Valentín PERLAFLOR.

La Dolorosa.

ERA por la mañana temprano. El crepúsculo alumbraba con luz tenue y dudosa. En el espacio resonaban toques metálicos de campanas que anunciaban la misa. En el solitario jardín de San Francisco, saltaban los pajarillos de rama en rama y con gorjeos premiaban la venida del día...

Cerca de la puerta de la pequeña iglesia, y como en actitud de entrar en ella, dialogaban quedamente dos lindas jovencitas, de tan escasa edad, que la mayor de ellas no contaría ni aun diez y nueve primaveras. Vestían ambas corta falda y descotada blusa, y ponían en sus andares una graciosa mezcla de coquetería y gentileza.

La rubia—que era la que representaba tener más años—llevaba en su manecita aristocrática y fina, un pequeño devocionario, cuya tapa de marfil parecía ser morena al lado de los puntiagudos y ensortijados dedos que la oprimían. De la blancura de su tez resaltaban las mejillas, encendidas ahora, no por el colorete del carmín, sino por el fuego del sofoco que ardía en su alma de horizontes estrechos.

Aquella muchachita contando estaba a su amiga sus secretos y penas, y con temblorosa voz, que los sollozos empañaban de vez en vez, hablaba de esta suerte:

—Chica... es horrible. Anoche estuve convidada en casa de Faustina, por ser su cumpleaños... ¡Y ojalá, Dios mío, no hubiera ido!... Casi todos los bailes los bailó Fernando con Juanita. Mi novio... ¿sabes? ¡Mi novio con Juanita!... ¡Y cómo me miraba y se reía la asquerosa!... Yo, en tanto, me mordía los labios, porque a ella no podía morderla... Vengo a rezar a la Virgen de los Dolores, para que haga que esa picara se vaya o él la abandone.

—Yo también se lo pediré contigo.

Entró en la Santa Veracruz. Alumbrado está el templo con los primeros reflejos de la aurora. Castidad y pureza se respiran en el ambiente saturado de incienso. En el silencio y quietud de aquella estancia, flotan melancolías; dulce paz en el recogimiento cristiano. Todo es tranquilidad, reposo y bienestar en aquel lugar sagrado, donde el espíritu se eleva a regiones ultraterrenas y casi divinas.

En el altar mayor, la imagen de la Dolorosa, bellamente representada, llama mi atención, acaso distraída con el pensamiento de hacer estas cuartillas.

Cuanto más contemplan mis pupilas aquella efigie, más grande sufrimiento en ella ven.

La palidez cadavérica de su rostro, muestra una vida que se apaga. Sus ojos tristes miran al cielo suplicantes, en angustioso ademán. Hay desfallecimiento en la inclinación leve de su cabeza y en la caída de su brazo izquierdo, cuya mano ligeramente crispada. Hay dolor en su entreabierta boca de blanquecinos labios, y a través de él—sin necesidad de que lo indiquen esas siete espadas—, se ve un corazón herido... y un alma desgarrada... y un sér que muere...

De pronto, aparecen ante mi vista las afligidas muchachitas que momentos ha dialogaran en la calle, y el sublime silencio en que la iglesia se hallaba sumida, roto

(1) S. Mateo, Cap. XXVII, v. 24.

fué por el rítmico taconeo de aquéllas, sobre la tarima del suelo.

Después de persignarse y de cuchichear unos instantes, cayeron de rodillas ambas amigas, con devoción aparente. En sus labios pusieron oraciones y súplicas.

Y... Aquí, lector amado, mi pluma se detiene y tiembla. ¿Por qué?... Acaso porque he avivado mi emoción con el recuerdo de aquellos momentos que voy a describirte.

¡Oh, no; no es visión, ni ensueño, ni delirio lo que yo sentí, lo que yo ví, lo que yo escuché entonces!...

La imagen de los siete puñales irguió rápidamente su divina cabeza; bajó sus ojos, en los que puso una mirada cariñosa y tierna y los clavó en los de aquellas jovencitas. La boca de la Virgen se fué cerrando y de ella brotaron estas palabras, pronunciadas con tan suave acento, que parecieron vibraciones de melodiosas notas que en el aire flotaban.

Un perfume de santidad, enloquecedor e indescriptible, envolvió aquellas frases que transcribo; dijo así: «La frivolidad del mundo es un dolor más en mis dolores...; una amargura más en mis amarguras; una espada más que en mi pecho se hunde...; una lágrima más entre mis lágrimas...»

Un... ¡ay! se escuchó luego. La efigie recobró su posición de antes...

Un rayo de clarísima luz se posó en el rostro lívido de la Santa, como queriendo recoger sus benditas palabras.

Lope HERNANDEZ

Crucificado.

I

LA gente le seguía, como el rebaño sigue al pastor a los meliflúos acordes de su flauta.

Las aves detenían sus gorjeos, cuando la iluminada palabra del Maestro llegaba al corazón de sus oyentes.

Ningún sonido podía compararse con el dulcísimo acento de su voz. Ninguna filosofía podía competir con la sencillez de sus ejemplos.

Como infinidad de serpientes acuden al sonido de la flauta, así acudían a Él las multitudes, pisándose, estrujándose para estar más cerca del Dios-hombre y gustar de las notas de su dulcísima voz.

Y como las serpientes matan al que les da vida, así la multitud destroza al que la convence.

II

La tragedia del Gólgota se había consumado. El que predicó el bien con sus ejemplos, había sido colgado de una cruz.

El sol, la tierra, el aire, todos los elementos a una, lloraron consternados ante el inaudito hecho.

¡La insensibilidad fué sensible!
Se estremecieron las montañas, lanzando de sus rincones más recónditos bramidos de asombro.

Los peces no se atrevieron a salir de sus escondites, ante la furia del Océano.

Las aves, aterradas en sus nidos, lanzaban lastimeras quejas al viento. Sólo las azules golondrinas volaron en tropel, y en el madero, posadas en sus brazos, lanzaron al espacio sus trinos musicales, y en fúnebre elegía, lloraron por los hombres, y en sus picos de nácar cogieron las espinas que, de las santas sienes, hicieron brotar sangre, y envueltas en el rayo de su poster mirada, corrieron a esconderse en sus ocultos nidos.

Sólo una cosa estaba indiferente ante tamaño crimen: ¡los hombres!

¡La sensibilidad se hizo insensible!

Y aun en sus últimos momentos fué magnánimo, y sus últimas palabras fueron de amor y perdón: «¡Padre mío, perdónalos; no saben lo que hacen! ¡Madre: he ahí tu hijo! ¡Juan: he ahí tu madre!»

Pidió en sus últimos momentos por sus verdugos. Daba a su Madre, que significaba *amor*, por madre de Juan, que era *fraternidad*.

Concedía el paraíso a Dimas y convertía a Longinos. El denigrante madero de la cruz era por Él ennoblecido, convirtiéndolo en signo de gracia universal, de amor común, de llave de la gloria.

Germán HERRERO.

Salamanca y Marzo, 917.

“¡Me habló Dios! ¡Me habló Dios...”

ESTÉ en el pueblo de X... y en Viernes Santo. Un gran carracón, movido por el brazo débil y corto de un mozo, llamaba a los fieles para que acudieran a la Parroquia a demandar clemencia de aquel Cristo, cuyo cuerpo llevaba las señas del tiempo, traducidas en negras sombras, que hacían de la sagrada imagen algo respetuoso y admirable.

El pueblo entero, viejos, jóvenes, mozos y niñas, iban entrando paulatinamente en el templo, llevando reflejado en sus rostros un gran fervor, hijo de esa pura y arraigada fe, que, desgraciadamente y para perdición de todos, sólo se encuentra en esos olvidados rincones de Castilla.

El lugar estaba silencioso y sombrío; el sol lucía, pero con un tinte morado, como si él también quisiera cooperar al conjunto trístico y melancólico de aquel cuadro.

En los campos no se veía al Labrador ni al gañán; todo, todo estaba envuelto en un ambiente de recogimiento y meditación.

Manuel, el mocetón más fornido del pueblo, era la nota desafinada en aquel conjunto armonioso y consolador. Descuido, de cara tosca y bruscos modales, jamás pensó en nada religioso, en nada elevado; para él, la religión era algo absurdo, inconcebible; por eso se reía de sus convecinos al verlos ir a la Iglesia, y si alguno le preguntaba que por qué no iba él, con risa bronca y estridente, solía contestar:

—Vay vosotros, que yo, mientras decís latinajos y bobás, bebo buen vino, que eso da fuerzas al cuerpo y los rezos no dan ná.

Y efectivamente, Manuel se fué a beber a la taberna, donde permaneció hasta después del toque de oraciones. Cuando salió, el pueblo ofrecía el aspecto misterioso que la luz de las estrellas da a nuestros lugares castellanos; y caminaba vacilante, haciendo grandes esfuerzos por mantener el equilibrio; su persona producía el asco del embriagado, del degenerado.

A cada paso que daba, una tremenda blasfemia salía de sus labios, que era ahogada por un hipo constante tenaz.

Como marchaba errante, la casualidad o el cielo hizo que pasara ante la iglesia; y allí entró el desgraciado mozo sin darse cuenta de nada, tomando asiento en un pobre y rústico banco, que ante la imagen de Cristo estaba colocado.

La mirada inexpresiva del mocetón, inquieta y apagada, se fijó en la imagen del Salvador, y desde aquel momento no se apartó de ella. Mientras, la cara de Manuel fué cambiando de gestos; primero, burlona; después, contraída y angustiosa; por fin, de espanto marcadísimo.

Desde aquel día, Manuel, con la misma cara de espanto, vaga por el lugar, sucio, desharapado, como una fiera encerrada en una jaula, y dice a todo el que se le encuentra:

—¡Me habló Dios! ¡Me habló Dios!...

Los vecinos del pueblo le socorren, le consuelan aunque le llaman *el loco*.

Y efectivamente, Manuel ha perdido el juicio desde aquella noche de Viernes Santo, que entró embriagado en la iglesia. Las viejas aseguran que es un castigo del cielo; los viejos que es efecto del alcohol, y el venerable cura de la aldea declara que aquella trágica noche Dios habló a Manuel y le quitó la razón para que no le ofendiera de un modo consciente, premeditado.

¡Cuántos como el desgraciado mozo de X... andan por el mundo, que en lugar de llamarlos locos les califican de avanzados y muchas veces de intelectuales!

J. REYMUNDO.

A la Virgen de los Dolores

(Tríptico menor)

I

VO tu escapulario ciño... si el impío le moteja, yo te pido le proteja por loco, ignorante o niño.

Es prenda de tu cariño, que mis contrarios aleja y amada muralla vieja en el combate que riño.

Tu gracia con él imploro, es de salud el tesoro y es de piedad el joyel,

de mi madre amada prenda; recibe Tú en él mi ofrenda, pues va tu imagen en él.

II

Llagado, débil, desnudo, soy un pobre pecador que, del choque en el fragor, halla en su estameña escudo.

Es el combate muy rudo... ¿y quién saldrá vencedor si, al contemplar tu dolor, se queda impasible y mudo?

En tu trono lastimero, entre espadas prisionero, tu Corazón nos ofreces;

al verle, así traspasado, con el mio atribulado, digote yo muchas veces:

III

Virgen Reina del Dolor... ¿puedesme, oh Madre, negar las perlas de tu llorar, siempre irisadas de Amor?

El, que es sagrado licor, en mi pecho al rebosar, arda, como ante el altar la lámpara del Señor.

¡Alumbre mis pasos El hacia el divino vergel donde se encierran tus flores!

Con tu imagen quiero ir... ¿enséñame Tú a sufrir, oh Virgen de los Dolores!

Alberto F. GARCÍA-BRIZ

Imp. de «El Salmantino».—Plazuela de San Isidro.